

EPILOGO

Después de haber escrito estas 21 “Cartas a Víctor” y haberlas repasado, deseo compartir con ustedes queridos lectores (niños, jóvenes, papás y maestros), una reflexión íntima:

Para nosotros resulta muy difícil comprender la hondura del amor de Dios, de la cual podemos empaparnos día a día a través de la Eucaristía. Cuanto más profundizamos, más nos sorprendemos del amor que Dios nos tiene y que Jesús nos va revelando. Vale la pena recordar algunas preguntas que Dios nos hace a través de uno de sus diálogos con Job, que nos ayudan a acercarnos con humildad para pedirle que nos ayude a conocerle mejor y amarle más:

“Acaso alguna vez en tu vida le has dado órdenes a la mañana, o le has señalado su lugar al amanecer? ¿Has llegado hasta donde nace el mar o te has paseado por el fondo del océano? ¿Sabes dónde vive la luz y en dónde habitan las tinieblas? ¿Podrías conducir las a su morada o enseñarles el camino de su casa?”

Y así como nuestra limitación humana nos impide conocer la esencia de Dios, El, en cambio, nos conoce personal e íntimamente, mucho mejor de lo que nosotros nos conocemos, como nos dice el salmo 138:

“Tu me conoces, Señor, profundamente, Tu conoces cuando me siento y me levanto, desde lejos sabes mis pensamientos, Tú observas mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares. ¿A dónde iré yo lejos de ti? ¿Dónde escaparé a tu mirada? Si subo hasta el cielo allí estás tu; si bajo al abismo, allí te encuentras. Si voy en alas de la aurora o me alejo hasta el extremo del mar, también allí tu mano me conduce y tu diestra me sostiene. Tú formaste mis entrañas, me tejiste en el seno materno. Te doy gracias por tus grandes maravillas; soy un prodigio y tus obras son prodigiosas”.

A M E N.